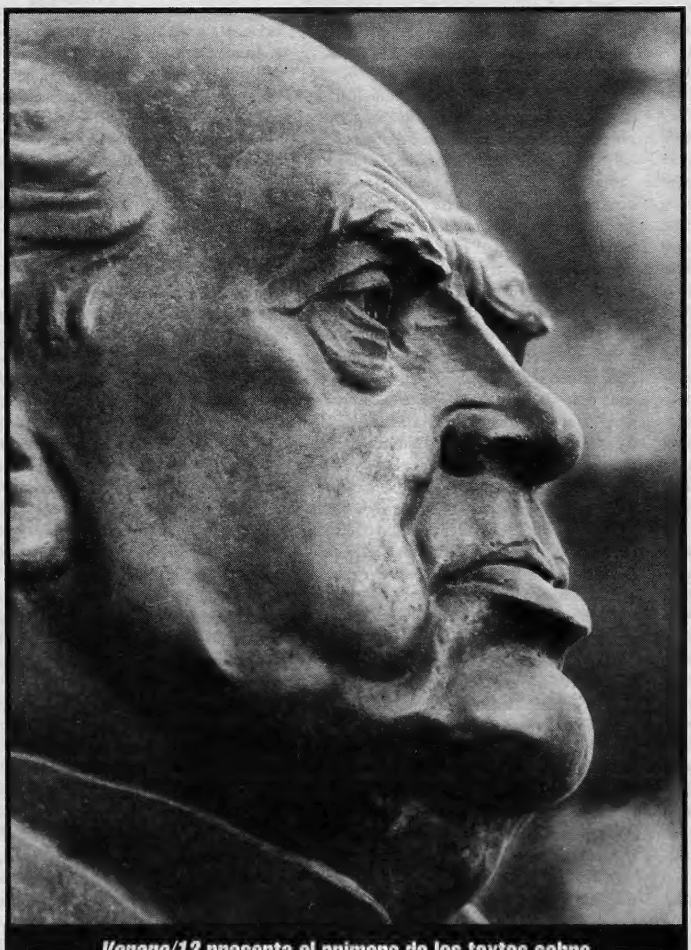
Por Guillermo Piro

En 1739 nacía en la provincia de La Rioja Facundo Quiroga. Su vida fue una accidentada y numerosa sucesión de hechos inciertos que en un período igualmente incierto le dieron una incierta notoriedad. Se aseguró el dominio absoluto de su provincia a base de terror y saqueo, y se lo apodó "el Tigre de los Llanos". Una vez que consiguió consolidar su poder en el norte, concertó un pacto con Juan Manuel de Rosas. Este, en 1835, le encomendó que mediara entre los gobernadores de Salta y Tucumán. Cuando regresaba de esa misión, atravesando en su galera los territorios de Santa Fe y Córdoba, fue asesinado por una patrulla que comandaba Santos Pérez y que respondía al gobernador de Córdoba, Reinafé, en un lugar denominado Barranca Yaco. En Santiago del Estero Quiroga había recibido la noticia de que el general Lavalle había sido asesinado en Salta y resolvió emprender la vuelta a Buenos Aires. Se supone que el viaje fue urdido por el propio Rosas para deshacerse definitivamente de él. El historiador José Luis Busaniche opina distinto: "Hay que despojarse de prejuicios y prevenciones que la inescrupulosa historiografía unitaria logró difundir durante muchos años y aun arraigar en la conciencia de las generaciones: uno de ellos es el de que Rosas o López, o ambos caudillos a la vez, tuvieron parte en el asesinato de Quiroga". Busaniche estima que Rosas, por el contrario, tenía mucho interés en ser apoyado por Quiroga en el interior. La muerte de Quiroga habría sido obra exclusiva y personal de los Reinafé, y si el ejecutor del asesinato, Santos Pérez, "un rústico analfabeto", como lo llama Busaniche, dijo en Buenos Aires, antes de morir: "Rosas es el asesino de Quiroga", fue porque los mismos Reinafé lo habían convencido de que todo se había tratado de un plan político dirigido por Rosas contra el general Quiroga.

SARMIENTO



Verano/12 **presenta el primero de los textos sobre historia argentina. Abre la serie un fragmento del *Facundo*, la obra clásica de Domingo Faustino Sarmiento.**



Facundo

Quiroga, durante su residencia en Buenos Aires, hace algunos ensayos de su poder personal. Un hombre, con cuchillo en mano, no quería entregarse a un sereno. Acierta a pasar Quiroga por el lugar de la escena, embozado en su poncho como siempre, párase a ver, y súbitamente arroja el poncho, lo abraza e inmoviliza. Después de desarmarlo, él mismo lo conduce a la policía, sin haber querido dar su nombre al sereno, como tampoco lo dio en la policía, donde fue, sin embargo, reconocido por un oficial; los diarios publicaron al día siguiente aquel acto de arrojo. Sabe una vez que cierto boticario ha hablado con desprecio de sus actos de barbarie en el interior. Facundo se dirige a su botica y lo interroga. El boticario se le impone y le dice que allí no está en las provincias para atropellar a nadie impunemente.

Este suceso llena de placer a toda la ciudad de Buenos Aires. ¡Pobre Buenos Aires, tan candorosa, tan engreída con sus instituciones! ¡Un año más y seréis tratada con más brutalidad que fue tratado el interior por Quiroga! La policía hace entrar sus satélites a la habitación misma de Quiroga en persecución del huésped de la casa, y Facundo, que se ve tratado tan sin miramiento, extiende el brazo, coge el puñal, se endereza en la cama donde está recostado, y en seguida vuelve a reclinarse y abandona lentamente el arma homicida. Siente que hay allí otro poder que el suyo, y que pueden meterlo en la cárcel si se hace justicia por sí mismo.

Sus hijos están en los mejores colegios; jamás les permite vestir sino frac o levita, y a uno de ellos que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallón hasta que se arrepienta de su locura. Cuando algún coronel le habla de enrolar en su cuerpo en clase de oficial a alguno de sus hijos: "Si fuera en un regimiento mandado por Lavalle –contesta burlándose–, ya; ¡pero en estos cuerpos!..." Si se habla de escritores, ninguno hay que en su concepto pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él. Los únicos hombres honrados que tiene la República son Rivadavia y Paz: "Ambos tenían las más sanas intenciones". A los unitarios sólo exige un secretario como el doctor Ocampo, un político que redacte una constitución, y con una imprenta se marchará a San Luis, y desde allí la enseñará a toda la República en la punta de una lanza.

Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República; y pudiera decirse que conspira abiertamente, si todos esos propósitos, todas aquellas bravatas, no careciesen de hechos que viniesen a darles cuerpo. La falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de acción, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente, y lo entrega maniatado a su astuto rival. No han quedado hechos ningunos que acrediten que Quiroga se proponía obrar inmediatamente, si no son sus inteligencias con los gobernadores del interior, y sus indiscretas palabras repetidas por unitarios y federales, sin que los primeros se resuelvan a fiar su suerte en manos como las suyas, ni los federales lo rechacen como desertor de sus filas.

Y mientras tanto que se abandona así a una peligrosa indolencia, ve cada día acercarse la boa que ha de sofocarlo en sus redobladas lazadas. En el año 1833 Rosas se hallaba ocupado en su fantástica expedición, y tenía su ejército obrando al sur de Buenos Aires, desde donde observaba al gobierno de Balcarce. La provincia de Buenos Aires presentó poco después uno de los espectáculos más singulares. Me imagino lo que sucedería en la tierra si un poderoso cometa se acercase a ella; al principio el malestar general, después rumores sordos, vagos; en seguida las oscilaciones del globo atraído fuera de su órbita, hasta que al fin los sacudimientos convulsivos, el desplome de las montañas, el cataclismo, traerían el caos que precede a cada una de las ceremonias sucesivas de que nuestro globo ha sido teatro.

Tal era la influencia que Rosas ejercía en 1834. El gobierno de Buenos Aires se sentía cada vez más circunscrito en su acción, más embarazado en su marcha, más dependiente

Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República... La falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de acción, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente, y lo entrega maniatado a su astuto rival.

del Héroe del Desierto. Cada comunicación de éste era un reproche dirigido a su gobierno, una cantidad exorbitante exigida para el ejército, alguna demanda inusitada; luego la campaña no obedecía a la ciudad, y era preciso poner a Rosas la queja de este desacato de sus adictos. Más tarde, la desobediencia entraba en la ciudad misma; últimamente, hombres armados recorrían las calles a caballo disparando tiros, que daban muerte a algunos transeúntes. Esta desorganización de la sociedad iba de día en día aumentándose como un cáncer, y avanzando hasta el corazón, si bien podía discernirse el camino que traía desde la tienda de Rosas a la campaña, de la campaña a un barrio de la ciudad, de allí a cierta clase de hombres, los carniceros, que eran los principales instigadores.

El gobierno de Balcarce había sucumbido en 1833, al empuje de este desbordamiento de la campaña sobre la ciudad. El partido de Rosas trabajaba con ardor para abrir un largo y despejado camino al Héroe del Desierto, que se aproximaba a recibir la ovación merecida: el gobierno; pero el partido federal de la "ciudad" burla todavía sus esfuerzos si quiere hacer frente. La Junta de Representantes se reúne en medio del conflicto que trae la acefalía del gobierno, y el general Viamonte a su llamado, se presenta con la prisa en traje de casa y se atreve aún a hacerse cargo del gobierno. Por un momento parece que el orden se restablece, y la pobre ciudad respira; pero luego principia la misma agitación, los mismos manejos, los grupos de hombres que recorren las calles, que distribuyen latigazos a los paseantes.

Es indecible el estado de alarma en que vivió un pueblo entero durante dos años con este extraño y sistemático desquiciamiento. De repente se veían las gentes disparando por las calles y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De quién huían? ¿Por qué se encerraban a la mitad del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían..., que se había oído el tropel lejano de caballos.

Una de estas veces marchaba Facundo Quiroga por una calle, seguido de un ayudante, y al ver a estos hombres con frac que corren por las veredas, a las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desdén sobre aquellos grupos, y dice a su edecán: "Este pueblo se ha enloquecido". Facundo había llegado a Buenos Aires poco después de la caída de Balcarce. "Otra cosa hubiera sucedido –decía– si yo hubiese estado aquí". –"¿Y qué habría hecho, general? –le replicaba uno de los que escuchándole había–; Su Excelencia no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires". Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendosu negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: "¡Mire usted!, habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado le habría dicho: "sígame", ¡y ese hombre me habría seguido!". Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vista aterrado y por largo tiempo nadie se atrevió a desplegar los labios.

El general Viamonte renuncia al fin, porque ve que no se puede gobernar; que hay una mano poderosa que detiene las ruedas de la administración. Búscase alguien que quiera reemplazarlo; se pide por favor a los más animosos que se hagan cargo del bastón, y nadie quiere; todos se encogen de hombros y ganan sus casas amedrentados. Al fin se coloca a la cabeza del gobierno el doctor Maza, el maestro, el mentor y amigo de Rosas, y creen haber puesto remedio al mal que los aqueja. ¡Vana esperanza! El malestar crece, lejos de disminuir.

Anchorena se presenta al gobierno pidiendo que reprima los desórdenes, y sabe que no hay medio alguno a su alcance, que la fuerza de la policía no obedece, que hay órdenes de afuera. El general Guido, el doctor Alcorta dejan oír todavía en la Junta de Representantes algunas protestas enérgicas contra aquella agitación convulsiva en que se tiene a la ciudad; pero el mal sigue, y para agravarlo, Rosas reprocha al gobierno desde su campamento los desórdenes que él mismo fomenta. ¿Qué es lo que quiere este hombre? ¿Gobernar? Una comisión de la Sala va a ofrecerle el gobierno; le dice que sólo él puede poner término a aquella angustia, a aquella agonía de dos años. Pero Rosas no quiere gobernar, y nuevas comisiones, nuevos ruegos. Al fin halla medio de conciliarlo todo. Les hará el favor de gobernar, si los tres años que abraza el período legal se prolongan a cinco, y se le entrega la "suma" del poder público, palabra nueva cuyo alcance sólo él comprende.

En estas transacciones se hallaban la ciudad de Buenos Aires y Rosas, cuando llega la noticia de un desavenimiento entre los gobernadores de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, que podía hacer estallar la guerra.

Cinco años van corridos desde que los unitarios han desaparecido de la escena política, y dos desde que los federales de la ciudad, los "lomos negros", han perdido toda influencia en el gobierno; cuando más, tienen valor para exigir algunas condiciones que hagan tolerable la capitulación. Rosas, entretanto que la "ciudad" se rinde a discreción, con sus instituciones, sus garantías individuales, con sus responsabilidades impuestas al gobierno, agita fuera de Buenos Aires otra máquina no menos complicada.

Sus relaciones con López, de Santa Fe, son activas, y tiene además una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto a su cabeza a los Reinafé. Invítase a Facundo a ir a interponer su influencia para apagar las chispas que se han levantado en el norte de la República; nadie sino él está llamado para desempeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y, al subir a la galera, dirige en presencia de sus amigos sus adioses a la ciudad. "Si salgo bien –dice, agitando la mano–, te volveré a ver; ¡si no, adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar, en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos; y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir a las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Venciendo aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación; camina todos los días hasta las dos de la mañana, y sepone en marcha de nuevo a las cuatro. Acompáñale el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega, hace preguntar inmediatamente. "¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? –hace una hora. –¡Caballos, sin pérdida de momento!", grita Quiroga, y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros, es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: ¡caballos!, ¡caballos! Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: "Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás". En el paso del Río Tercero acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombros.

Ultimamente, llega a la ciudad de Córdoba a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque de Buenos Aires, que ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta donde Facundo está aún en la galera pidiendo caballos, que no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusión, suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el gobierno se prepara a hospedarle dignamente. "¡Caballos necesito! –es la breve respuesta de Quiroga–; ¡caballos!" –replica a cada nueva manifestación de interés o de solicitud de parte de Reinafé, que se retira al fin humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores; los amigos del joven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido

Facundo

Quiroga, durante su residencia en Buenos Aires, hace algunos ensayos de su poder personal. Un hombre, con cuchillo en mano, no quería entregarse a un sereno. Acierta a pasar Quiroga por el lugar de la escena, embozado en su poncho como siempre, párase a ver, y súbitamente arroja el poncho, lo abraza e inmoviliza. Después de desarmarlo, él mismo lo conduce a la policía, sin haber querido dar su nombre al sereno, como tampoco lo dio en la policía, donde fue, sin embargo, reconocido por un oficial; los diarios publicaron al día siguiente aquel acto de arrojo. Sabe una vez que cierto boticario ha hablado con desprecio de sus actos de barbarie en el interior. Facundo se dirige a su botica y lo interroga. El boticario se le impone y le dice que allí no está en las provincias para atropellar a nadie impunemente.

Este suceso llena de placer a toda la ciudad de Buenos Aires. ¡Pobre Buenos Aires, tan candorosa, tan engreída con sus instituciones! ¡Un año más y seréis tratada con más brutalidad que fue tratado el interior por Quiroga! La policía hace entrar sus satélites a la habitación misma de Quiroga en persecución del huésped de la casa, y Facundo, que se ve tratado tan sin miramiento, extiende el brazo, coge el puñal, se endereza en la cama donde está recostado, y en seguida vuelve a reclinarse y abandona lentamente el arma homicida. Siente que hay allí otro poder que el suyo, y que pueden meterlo en la cárcel si se hace justicia por sí mismo.

Sus hijos están en los mejores colegios; jamás les permite vestir sino frac o levita, y a uno de ellos que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallón hasta que se arrepienta de su locura. Cuando algún coronel le habla de enrolar en su cuerpo en clase de oficial a alguno de sus hijos: "Si fuera en un regimiento mandado por Lavalle –contesta burlándose–, ya; ¡pero en estos cuerpos!..." Si se habla de escritores, ninguno hay que en su concepto pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él. Los únicos hombres honrados que tiene la República son Rivadavia y Paz: "Ambos tenían las más sanas intenciones". A los unitarios sólo exige un secretario como el doctor Ocampo, un político que redacte una constitución, y con una imprenta se marchará a San Luis, y desde allí la enseñará a toda la República en la punta de una lanza.

Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República; y pudiera decirse que conspira abiertamente, si todos esos propósitos, todas aquellas bravatas, no careciesen de hechos que viniesen a darles cuerpo. La falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de acción, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente, y lo entrega maniatado a su astuto rival. No han quedado hechos ningunos que acrediten que Quiroga se proponía obrar inmediatamente, si no son sus inteligencias con los gobernadores del interior, y sus indiscretas palabras repetidas por unitarios y federales, sin que los primeros se resuelvan a fiar su suerte en manos como las suyas, ni los federales lo rechacen como desertor de sus filas.

Y mientras tanto que se abandona así a una peligrosa indolencia, ve cada día acercarse la boa que ha de sofocarlo en sus redobladas lazadas. En el año 1833 Rosas se hallaba ocupado en su fantástica expedición, y tenía su ejército obrando al sur de Buenos Aires, desde donde observaba al gobierno de Balcarce. La provincia de Buenos Aires presentó poco después uno de los espectáculos más singulares. Me imagino lo que sucedería en la tierra si un poderoso cometa se acercase a ella: al principio el malestar general, después rumores sordos, vagos; en seguida las oscilaciones del globo atraído fuera de su órbita, hasta que al fin los sacudimientos convulsivos, el desplome de las montañas, el cataclismo, traerían el caos que precede a cada una de las ceremonias sucesivas de que nuestro globo ha sido teatro.

Tal era la influencia que Rosas ejercía en 1834. El gobierno de Buenos Aires se sentía cada vez más circunscrito en su acción, más embarazado en su marcha, más dependiente

Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República... La falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de acción, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente, y lo entrega maniatado a su astuto rival.

del Héroe del Desierto. Cada comunicación de éste era un reproche dirigido a su gobierno, una cantidad exorbitante exigida para el ejército, alguna demanda inusitada; luego la campaña no obedecía a la ciudad, y era preciso poner a Rosas la queja de este desacato de sus adictos. Más tarde, la desobediencia entraba en la ciudad misma; últimamente, hombres armados recorrían las calles a caballo disparando tiros, que daban muerte a algunos transeúntes. Esta desorganización de la sociedad iba de día en día aumentándose como un cáncer, y avanzando hasta el corazón, si bien podía discernirse el camino que traía desde la tienda de Rosas a la campaña, de la campaña a un barrio de la ciudad, de allí a cierta clase de hombres, los carniceros, que eran los principales instigadores.

El gobierno de Balcarce había sucumbido en 1833, al empuje de este desbordamiento de la campaña sobre la ciudad. El partido de Rosas trabajaba con ardor para abrir un largo y despejado camino al Héroe del Desierto, que se aproximaba a recibir la ovación merecida: el gobierno; pero el partido federal de la "ciudad" burla todavía sus esfuerzos si quiere hacer frente. La Junta de Representantes se reúne en medio del conflicto que trae la acefalía del gobierno, y el general Viamonte a su llamado, se presenta con la prisa en traje de casa y se atreve aún a hacerse cargo del gobierno. Por un momento parece que el orden se restablece, y la pobre ciudad respira; pero luego principia la misma agitación, los mismos manejos, los grupos de hombres que recorren las calles, que distribuyen latigazos a los paseantes.

Es indecible el estado de alarma en que vivió un pueblo entero durante dos años con este extraño y sistemático desquiciamiento. De repente se veían las gentes disparando por las calles y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De quién huían? ¿Por qué se encerraban a la mitad del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían..., que se había oído el tropel lejano de caballos.

Una de estas veces marchaba Facundo Quiroga por una calle, seguido de un ayudante, y al ver a estos hombres con frac que corren por las veredas, a las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desdén sobre aquellos grupos, y dice a su edecán: "Este pueblo se ha enloquecido". Facundo había llegado a Buenos Aires poco después de la caída de Balcarce. "Otra cosa hubiera sucedido –decía– si yo hubiese estado aquí". –"¿Y qué habría hecho, general? –le replicaba uno de los que escuchándole había–; Su Excelencia no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires". Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: "¡Mire usted!, habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado le habría dicho: "sígame", ¡y ese hombre me habría seguido!". Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vista aterrado y por largo tiempo nadie se atrevió a desplegar los labios.

El general Viamonte renuncia al fin, porque ve que no se puede gobernar; que hay una mano poderosa que detiene las ruedas de la administración. Búscase alguien que quiera reemplazarlo; se pide por favor a los más animosos que se hagan cargo del bastón, y nadie quiere; todos se encogen de hombros y ganan sus casas amedrentados. Al fin se coloca a la cabeza del gobierno el doctor Maza, el maestro, el mentor y amigo de Rosas, y creen haber puesto remedio al mal que los aqueja. ¡Vana esperanza! El malestar crece, lejos de disminuir.

Anchorena se presenta al gobierno pidiendo que reprima los desórdenes, y sabe que no hay medio alguno a su alcance, que la fuerza de la policía no obedece, que hay órdenes de afuera. El general Guido, el doctor Alcorta dejan oír todavía en la Junta de Representantes algunas protestas enérgicas contra aquella agitación convulsiva en que se tiene a la ciudad; pero el mal sigue, y para agravarlo, Rosas reprocha al gobierno desde su campamento los desórdenes que él mismo fomenta. ¿Qué es lo que quiere este hombre? ¿Gobernar? Una comisión de la Sala va a ofrecerle el gobierno; le dice que sólo él puede poner término a aquella angustia, a aquella agonía de dos años. Pero Rosas no quiere gobernar, y nuevas comisiones, nuevos ruegos. Al fin halla medio de conciliarlo todo. Les hará el favor de gobernar, si los tres años que abraza el período legal se prolongan a cinco, y se le entrega la "suma" del poder público, palabra nueva cuyo alcance sólo él comprende.

En estas transacciones se hallaban la ciudad de Buenos Aires y Rosas, cuando llega la noticia de un desavenimiento entre los gobernadores de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, que podía hacer estallar la guerra.

Cinco años van corridos desde que los unitarios han desaparecido de la escena política, y dos desde que los federales de la ciudad, los "lomos negros", han perdido toda influencia en el gobierno; cuando más, tienen valor para exigir algunas condiciones que hagan tolerable la capitulación. Rosas, entretanto que la "ciudad" se rinde a discreción, con sus instituciones, sus garantías individuales, con sus responsabilidades impuestas al gobierno, agita fuera de Buenos Aires otra máquina no menos complicada.

Sus relaciones con López, de Santa Fe, son activas, y tiene además una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto a su cabeza a los Reinafé. Invítase a Facundo a ir a interponer su influencia para apagar las chispas que se han levantado en el norte de la República; nadie sino él está llamado para desempeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y, al subir a la galera, dirige en presencia de sus amigos sus adioses a la ciudad. "Si salgo bien –dice, agitando la mano–, te volveré a ver; ¡si no, adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar, en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos; y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir a las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Venciendo aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación; camina todos los días hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha de nuevo a las cuatro. Acompáñale el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega, hace preguntar inmediatamente. "¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? –hace una hora. –¡Caballos, sin pérdida de momento!", grita Quiroga, y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros, es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: ¡caballos!, ¡caballos! Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: "Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás". En el paso del Río Tercero acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombros.

Ultimamente, llega a la ciudad de Córdoba a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque de Buenos Aires, que ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta donde Facundo está aún en la galera pidiendo caballos, que no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusión, suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el gobierno se prepara a hospedarle dignamente. "¡Caballos necesito! –es la breve respuesta de Quiroga–; ¡caballos!" –replica a cada nueva manifestación de interés o de solicitud de parte de Reinafé, que se retira al fin humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores; los amigos del joven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. y N. para encargarse de la ejecución y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruida de los mínimos detalles del crimen que el gobierno intenta; y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernadores hostiles y regresa por Córdoba a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos, y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja, y arma las ocho provincias que están bajo su influencia?

Quiroga lo sabe todo; aviso tras de aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. "¡A Córdoba!", grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuere el término de su viaje.

Antes de llegar a la posta Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece: –"Quiero hablar al doctor Ortiz". –Desciende éste, y sabe lo siguiente: En las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco, está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados, y matar en seguida de postillón arriba; nadie debe escapar, ésta es la orden. El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo, tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. "No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado".

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo por fortuna sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos; porque, si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar a un

"El asesinato de Quiroga", de Facundo, de Domingo Faustino Sarmiento.

"No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado". Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte.

amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y lo interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí con una partida de treinta hombres una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga; así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana también la cama, no para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo, ¿por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo; por no incurrir en la tacha de desleal. A medianoche la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente. –"¿Duerme, amigo?, le pregunta en voz baja. –¡Quién va a dormir, señor, con esta cosa tan terrible! –¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! –¡Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿a quién mandaré? ¡A hacerlo morir inocentemente!

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo para salvar su vida y la de su compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera, y las cargue; a esto se reducen todas las precauciones.

Llega el día por fin y la galera se pone en camino. Acompáñale además del postillón que va en el tiro, el niño aquél, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro que va a caballo.

Llega al punto fatal y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos, y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por el momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la pregunta de Quiroga: "¿Qué significa esto?", recibe por toda contestación un balazo en un ojo que lo deja muerto.

Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario y manda, concluida la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillón que, con la cabeza abierta, se mantiene aún a caballo –"¿Qué muchacho es éste? –pregunta viendo al niño de la posta, único que queda vivo. –Este es un sobrino mío –contesta el sargento de la partida–; yo respondo de él con mi vida". Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo y, en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante luz de las estrellas se aventura a salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja, al niño animando su caballo. Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: ¡la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza!

¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas e intangibles de la Sierra, y por largo tiempo el pago de Santa Catalina fue una republiqueta adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fue después perseguido por la justicia y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca.

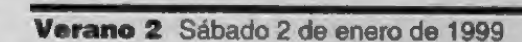
Al principio los Reinafé lo llamaron, y en la casa de gobierno fue recibido amigablemente. Al salir de la entrevista empezó a sentir una extraña descomposición de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien informado por él de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dio un elixir que le hizo arrojar oportunamente el arsénico que el licor disimulaba.

Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanova, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadrón de que el comandante Casanova era jefe, hacía el ejercicio al frente de su casa, Santos Pérez se desmonta en la puerta y le dice: –"Aquí estoy; ¿qué quería decirme? –¡Hombre! Santos Pérez, pase por acá, siéntese. –¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?". El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda le dice: "¡Estaba seguro de quequerría agarrarme por traición! He venido por convencerme no más". Cuando se dio orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin, una noche lo cogieron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenil.

Había dado de golpes a su querida con quien dormía: ésta sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaución, le toma las pistolas y el sable, sale a la calle, y lo denuncia a una patrulla. Cuando despierta, rodeado de fusiles apuntados a su pecho, echa mano a las pistolas, y no encontrándolas: "Estoy rendido –dice con serenidad–: ¡me han quitado las pistolas!" El día que lo entraron en Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de gobierno.

A su vista gritaba el populacho: "¡Muera Santos Pérez!" y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: "¡Tuviera aquí mi cuchillo". Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: "¡Muera el tirano!", y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca, como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban de vez en cuando en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El Gobierno de Buenos Aires dio un aparato solemne a la ejecución de los asesinos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo expuesta a examen del pueblo; y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuidos por millares, como también extractos del proceso, que se dio a la luz en un volumen en folio. La historia imparcial espera todavía datos y revelaciones, para señalar con su dedo al instigador de los asesinos.





vistos N. y N. para encargarse de la ejecución y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pùes no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruida de los mínimos detalles del crimen que el gobierno intenta; y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernadores hostiles y regresa por Córdoba a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos, y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja, y arma las ocho provincias que están bajo su influencia?

Quiroga lo sabe todo; aviso tras de aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. "¡A Córdoba!", grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuere el término de su viaje.

Antes de llegar a la posta Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece: -"Quiero hablar al doctor Ortiz". –Desciende éste, y sabe lo siguiente: En las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco, está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados, y matar en seguida de postillón arriba; nadie debe escapar, ésta es la orden. El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo, tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. "No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado".

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo por fortuna sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos; porque, si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.

"No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado". Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte.

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y lo interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí con una partida de treinta hombres una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga; así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana también la cama, no para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo, ¿por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo; por no incurrir en la tacha de desleal. A medianoche la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente. –"¿Duerme, amigo?, le pregunta en voz baja. –¡Quién va a dormir, señor, con esta cosa tan terrible! –¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! –¡Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿a quién mandaré? ¡A hacerlo morir inocentemente!

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo para salvar su vida y la de su compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera, y las cargue; a esto se reducen todas las precauciones.

Llega el día por fin y la galera se pone en camino. Acompáñale además del postillón que va en el tiro, el niño aquél, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro que va a caballo.

Llega al punto fatal y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos, y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por el momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la pregunta de Quiroga: "¿Qué significa esto?", recibe por toda contestación un balazo en un ojo que lo deja muerto.

Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario y manda, concluida la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillón que, con la cabeza abierta, se mantiene aún a caballo –"¿Qué muchacho es éste? –pregunta viendo al niño de la posta, único que queda vivo. –Este es un sobrino mío –contesta el sargento de la partida–; yo respondo de él con mi vida". Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo y, en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante luz de las estrellas se aventura a salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja, al niño animando su caballo. Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: ¡la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza!

¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas e intangibles de la Sierra, y por largo tiempo el pago de Santa Catalina fue una republiqueta adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fue después perseguido por la justicia y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca.

Al principio los Reinafé lo llamaron, y en la casa de gobierno fue recibido amigablemente. Al salir de la entrevista empezó a sentir una extraña descomposición de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien informado por él de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dio un elixir que le hizo arrojar oportunamente el arsénico que el licor disimulaba.

Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanova, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadrón de que el comandante Casanova era jefe, hacía el ejercicio al frente de su casa, Santos Pérez se desmonta en la puerta y le dice: –"Aquí estoy; ¿qué quería decirme? -¡Hombre! Santos Pérez, pase por acá, siéntese. –¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?". El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda le dice: "¡Estaba seguro de quequerría agarrarme por traición! He venido por convencerme no más". Cuando se dio orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin, una noche lo cogieron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenil.

Había dado de golpes a su querida con quien dormía: ésta sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaución, le toma las pistolas y el sable, sale a la calle, y lo denuncia a una patrulla. Cuando despierta, rodeado de fusiles apuntados a su pecho, echa mano a las pistolas, y no encontrándolas: "Estoy rendido –dice con serenidad–: ¡me han quitado las pistolas!" El día que lo entraron en Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de gobierno.

A su vista gritaba el populacho: "¡Muera Santos Pérez!" y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: "¡Tuviera aquí mi cuchillo". Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: "¡Muera el tirano!", y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca, como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban de vez en cuando en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El Gobierno de Buenos Aires dio un aparato solemne a la ejecución de los asesinos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo expuesta a examen del pueblo; y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuidos por millares, como también extractos del proceso, que se dio a la luz en un volumen en folio. La historia imparcial espera todavía datos y revelaciones, para señalar con su dedo al instigador de los asesinos.

...Faustino Sarmiento.

El tesoro de los Incas

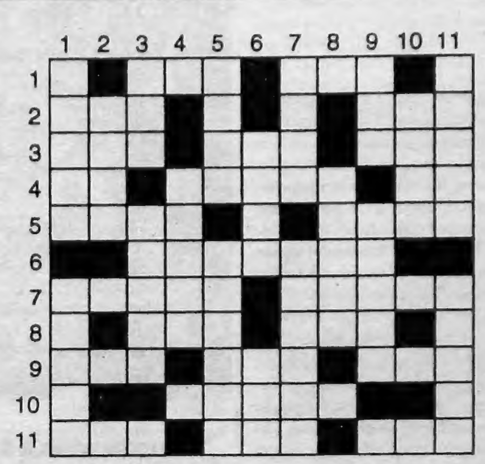
En 1532 Pizarro tomó prisionero a Atahualpa y para liberarlo exigió oro a los incas. El cacique que iba a entregarlo como rescate se enteró de que habían asesinado a su jefe y escondió el tesoro en una gruta. Presentamos resumida esta historia, con personajes imaginarios. Relacione qué ocupación tenía cada inca en 1833, el nombre de su hijo y el del nieto y descubra esta leyenda peruana

1. Al morir, el cacique confió al cura el lugar del tesoro, a condición de emplearlo si la iglesia era destruida. El secreto era conocido por los cinco antepasados del albañil, del pastor y por Lloque, Mayta y Yahuar, que lo transmitieron a sus descendientes.
2. En 1833 un terremoto arrasó la iglesia y el párroco decidió emplear el oro, pero el labriego, el pastor Carhuar y los otros padres de Capac, Pachac y Yupac se opusieron.
3. Mayta enteró a su hijo Pachac de la leyenda y éste al suyo Huápar; el cazador a su hijo Yupac y así los demás.
4. En 1868 un grupo sobornó a Huaila, Huáscar y a los otros, hijos de Pachac, Pisac y Yupac.
5. Estando en la gruta, un nuevo terremoto sepultó a Huápar, Huáscar, Huayna y a los otros, nietos de Lloque y del labriego.

		INCA					HIJO					NIETO				
		Carhuar	Lloque	Mayta	Sinchi	Yahuar	Cápac	Pachac	Pisac	Tupac	Yupac	Huaila	Huántar	Huápar	Huáscar	Huayna
OCUPACION	Albañil															
	Artesano															
	Cazador															
	Labriego															
	Pastor															
NIETO	Huaila															
	Huántar															
	Huápar															
	Huáscar															
	Huayna															
HIJO	Cápac															
	Pachac															
	Pisac															
	Tupac															
	Yupac															

OCUPACION	INCA	HIJO	NIETO

Ortodoxo



AYUDAS: BAYAL, DAL, OOUTO

HORIZONTALES

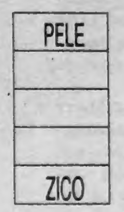
1. Abreviatura de etcétera./ Conjunto de rayos luminosos de un mismo origen.
2. Sufijo aumentativo./ Acido desoxirribonucleico.
3. Unidad monetaria del Japón./ Acido lisérgico./ Abreviatura de "página".
4. A tempo./ Columna./ Símbolo del titanio.
5. Cuerda empleada para sujetar./ Rezar.
6. Irrealizable.
7. Nombre vulgar del asno./ Honroso.
8. Río de Suecia./ Desinencia de las proteínas.
9. Unión Europea Occidental./ International Refugees Organization, organización de protección de refugiados./ Abreviatura de religión.
10. Doy la teta.
11. Siglas de la Organización Mundial de la Salud./ Percibía el sonido./ Artículo indeterminante femenino.

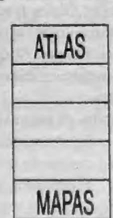
VERTICALES

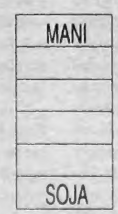
1. Variedad de lino./ Necio, torpe.
2. Ultima consonante.
3. Período inconmensurable./ Que tiene más habilidad en la mano izquierda.
4. Yegua joven.
5. Ciudad de Colombia./ Caliza compuesta de concreciones semejantes a las huevas de pescado.
6. En inglés, calzoncillo ajustado al cuerpo./ Sonreí.
7. Mujer fantástica con poder mágico./ Imbécil, estúpido.
8. Caballo de poca alzada.
9. Acción de cambiar de canal./ Suplicar.
10. Fecha de un escrito.
11. Untar la superficie de una cosa con una sustancia grasa./ Hoja delgada de masa de harina y agua, cocida en molde.

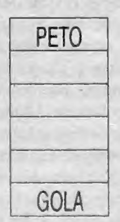
Escaleras

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.



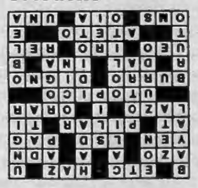






Soluciones

Ortodoxo



El tesoro de los incas

Albañil, Sinchi, Cápac, Huáscar.
Artesano, Mayta, Pachac, Huápar.
Cazador, Lloque, Yupac, Huántar.
Labriego, Yahuar, Tupac, Huaila.
Pastor, Carhuar, Pisac, Huayna.

Escaleras

A. Pele, pelo, peco, pico, Zico. B. Atlas, aulas, mulas, malas, mapas.

A. Maní, mano, mono, mojo, moja, soja. B. Peto, pelo, polo, colo, cola, gola.